



UN SALTO DE AUTOCONCIENCIA

**Apuntes de la síntesis de Julián Carrón
en la Asamblea de responsables
de Comunión y Liberación de Italia
Pacengo di Lazise (Verona), 11 de marzo de 2018**

**Apuntes de la síntesis de Julián Garrón
en la Asamblea de responsables de Comunión y Liberación de Italia
Pacengo di Lazise (Verona), 11 de marzo de 2018**

*Haja o que houver
Canzone di Maria Chiara*

«En nuestros ojos los hechos, en nuestras manos los códices», decía san Agustín (*Sermo 360/B,20: Sermo sancti Augustini cum pagani ingrederentur*). En este momento, el signo más evidente que muestra si tenemos o no en nuestros ojos los hechos que testimonian la presencia viva de Cristo es la forma con la que hemos recitado los Salmos (los códices). Si tenemos los hechos en nuestros ojos, los Salmos nos hablan con una densidad y una profundidad que en caso contrario se nos escaparía. El Salmo 45 que acabamos de recitar es casi una síntesis de todo lo que hemos vivido y dicho en estos días. ¡Quién sabe qué experimentó la persona que lo escribió, qué experiencia tuvo de Dios! Al afrontar los desafíos de la vida, no pudo mirarlos más que con el Señor en los ojos. «Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, / poderoso defensor en el peligro. / Por eso no tememos aunque tiemble la tierra, / y los montes se desplomen en el mar. / Que hiervan y bramen sus olas, / que sacudan a los montes con su furia. / [...] [Pero] / teniendo a Dios en medio, no vacila», porque «Dios la socorre al despuntar la aurora» («Salmo 45», en *Libro de las horas*, Asociación Cultural Huellas, Madrid 2010, p. 78).

Esta certeza no aflora cuando miramos la vida desde el balcón, sino cuando nos dejamos desafiar por cualquier temblor de la tierra. Por eso, cada vez que percibimos un golpe de la realidad podemos reconocer: «El Señor de los ejércitos está con nosotros, / nuestro alcázar es el Dios de Jacob. / Venid a ver las obras del Señor, / las maravillas que hace en la tierra». Todo forma parte del camino para conocer al Señor. Solo si afrontamos las dificultades, los desafíos y las circunstancias concretas podremos reconocer a Otro en acción: «Rendíos, reconoced que yo soy Dios: / más alto que los pueblos, más alto que la tierra» (*ibidem*). No se trata de una definición vacía, sino de una realidad tan presente que se hace más evidente cuanto más potente es el desafío. Si nuestro camino no es así, es decir, si no existe una verificación, nuestra fe tendrá fecha de caducidad, antes o después desaparecerá, no porque hagamos algo especialmente contrario a

ella, sino porque prevalecerá el miedo, en un momento dado prevalecerá otra cosa y no Su presencia.

Entonces, con estas palabras del Salmo en los ojos, podemos mirar lo que hemos vivido estos días.

LA VERIFICACIÓN DE LA FE: EL CRECIMIENTO DEL YO

Empezamos el viernes por la noche recordando con don Giussani que «al principio [...] se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo y que nos había aferrado». Consciente de que a muchos de nosotros esta actitud nos parece ingenua, poco realista, don Giussani nos desafía: «Por muy ingenua y exageradamente desproporcionada que fuese, se trataba de una posición pura»; y añade: «al haberla abandonado en cierto sentido, al habernos mantenido en una posición que ha sido ante todo, casi diría, una ‘traducción cultural’ más que el entusiasmo por una Presencia, no conocemos [...] a Cristo [...] porque no nos es familiar» (*Una strana compagnia*, BUR, Milán 2017, pp. 88-89).

Como recordamos en la Jornada de apertura de curso, don Giussani indica un criterio para verificar si estamos conociendo de verdad a Cristo en nuestro camino: el punto de partida con el que entramos en la realidad. «El punto de partida del cristiano es un acontecimiento», como hemos visto

en el Salmo: frente a cualquier temblor el punto de partida es siempre un acontecimiento. La alternativa es muy sencilla: quien no parte del acontecimiento, ¿cómo entra en la realidad? «El punto de partida de los demás es una cierta impresión de las cosas» («Acontecimiento y responsabilidad», *Huellas*, 4/1998), una impresión, por ejemplo el temblor.

En estas últimas semanas, las elecciones han sido una ocasión para verificar la fe. Es decir, hemos podido ver si nuestro punto de partida para afrontar esta circunstancia ha sido un acontecimiento o nuestra impresión. Cada uno de nosotros ha asumido una actitud, ha tomado una decisión, y ahora puede verificar qué ha prevalecido en él. Hemos visto que en muchos italianos ha prevalecido «una cierta impresión de las cosas». Muchas personas se han quedado en casa porque ha vencido en ellas la desconfianza o el desánimo; han pensado: «No

**La verificación
de la fe se ve
en el crecimiento
humano de quien
no se ha dejado
determinar por
la desconfianza**



hay nada que hacer». En otras, como muestran también los resultados, ha surgido el miedo o la rabia. Como decía ayer uno de vosotros, la cuestión es qué expresan estas actitudes. Podemos abstenernos de juzgar, quedándonos fuera de juego, o bien tratar de percibir qué hay detrás, qué ponen de manifiesto estas actitudes a través de las cuales muchos han tratado de responder a algo que les impresionaba, sin lograr muchas veces percibir su densidad. Como decía quien ha intervenido al principio de la asamblea, esta impresión se ha traducido en imágenes de respuesta que son expresión de un vacío existencial –de una «inseguridad existencial», diría don Giussani–. Pero esta es ya una primera forma de saber si uno ha partido del acontecimiento: si es capaz de ir más allá de la superficie, de captar la naturaleza verdadera, última del problema, si es capaz de juzgar el límite de la respuesta, reconociendo que no es adecuada. Me viene a la cabeza el ejemplo de la chica catalana y del referéndum –no le hizo falta hacer un curso en Harvard para tener las ideas claras–: el signo más evidente de que estaba determinada por un acontecimiento y no por la impresión, por la ideología en la que había nacido y en la que se había visto inmersa durante años, es que fue capaz de desenmascarar de golpe la pretensión totalizante de la ideología. La primera verificación de la fe consiste en la capacidad de ver, de ver la realidad.

En lo que hemos dicho encontramos una ejemplificación de qué es lo que puede responder a la situación actual: este es «el tiempo de la persona», decía don Giussani. Y la verificación de la fe se ve, como se puso de manifiesto ayer, justamente en el crecimiento humano de gente que no se ha dejado determinar por la desconfianza, por la rabia o por el miedo, sino que se ha movido teniendo como punto de partida un acontecimiento, que ha proporcionado a cada uno una mirada más verdadera sobre la realidad. Esto marca un cambio: hemos estado disponibles para apostar todo por el camino que estamos haciendo, un camino que tiene como verificación, como documentación de su verdad, el crecimiento de nuestro yo.

En el inserto *La lettura del Corriere della Sera* del domingo pasado había un artículo que describía la situación en la que vivimos: «¿Qué distingue hoy a la civilización occidental de las demás? El cansancio moral, quizá. La causa principal de la crisis cultural de una civilización es la pérdida de las convicciones, el debilitamiento de las instituciones», es decir –al final– una incapacidad para ver: ya no se ven con claridad las cosas elementales debido a un debilitamiento del sujeto, que tiene como consecuencia todo lo demás. ¿Qué riesgo implica esto? El periodista respondía: «El riesgo es [...] [la] tribu», es decir, dicho sintéticamente, que uno se cierre para >>

» defenderse del miedo. Y «al miedo que paraliza» es necesario oponer –lo expresaba con su lenguaje– «la valentía de crear nuevos y auténticos ciudadanos», porque lo que es «preocupante», como señala la crónica, es el «déficit educativo y un deterioro antropológico» (D. Breschi, «...o identità culturale», *La Lettura – Corriere della Sera*, 4 de marzo de 2018). El gran desafío es educativo, tiene que ver ante todo y en última instancia con la educación.

LA PERSONA: UNA CONSTANTE DE NUESTRA HISTORIA

Ojalá lo que estamos viviendo, que es ante todo –como decíamos al principio– una experiencia, nos permita comprender mejor por fin, como un paso de autoconciencia, lo que don Giussani nos dijo insistentemente, en distintas ocasiones, durante un largo periodo de tiempo.

«¡El comienzo del movimiento [en los primeros diez años] estaba dominado [por completo] por el problema de la persona! Y la persona es un sujeto, la persona es un individuo que dice ‘yo’. Durante mucho tiempo fuimos los únicos en sostener –incluso con cierta preocupación por exagerar–, que el ‘yo’ es la autoconciencia del cosmos, es decir, que la realidad entera está hecha para el hombre. [...] Dios, al crear el mundo, tenía como finalidad la afirmación de la persona. [...] ‘He creado [todo] para que hubiera una criatura que tomara conciencia de que yo soy todo’. [...] Durante los primeros años, la primera decena de años, antes de que el 68 provocara una fuerte convulsión, poniendo con afán en el punto de mira no tanto el ‘yo’ cuanto su acción en la sociedad, la conquista del poder [...], antes del 68, [...] el tema con el que siempre comenzaba los Ejercicios, los Retiros, era una frase de Jesús [...]: ‘¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si se pierde a sí mismo?’» (L. Giussani, *In cammino. 1992-1998*, BUR, Milán 2014, pp. 337-339). Los primeros diez años estuvieron dominados por esta conciencia.

En 1972, poco después de las revueltas del 68, dijo: «Ha llegado un momento muy grave para nuestro movimiento: es un momento en el que nuestro movimiento no puede tolerar ni un minuto más el planteamiento asociacionista, asociativista. Ha llegado el momento en que no podremos subsistir ya –en el sentido de que ya no podremos tolerarnos– si las cosas no nacen de la vida, [...] desde abajo como una vida cambiada». Es impresionante que tengan que ser nuestros hijos los que nos lo recuerden, como contó el amigo que intervino ayer. Continúa Giussani: «El crac que supuso la contestación

se produjo únicamente porque no se había disparado todavía el valor que tiene la autoconciencia [atención a lo que dice a continuación, ¡parece el culmen de la ingenuidad más absoluta!], y solo se salvaron [del crac] los que tenían la ingenuidad de la samaritana o de Zaqueo» (Luigi Giussani. *Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 464). ¡Le deja a uno sin palabras!

En 1992 Giussani vuelve a la carga: «Nuestro primer interés es [...] nuestro mismo sujeto. Nuestro primer interés es que se constituya el sujeto humano, [...] que yo comprenda qué es y tenga conciencia de ello [que tenga una conciencia verdadera de mí mismo]» (*In cammino*, op. cit., p. 99). Esta era su primera preocupación.

Y de nuevo en 1998 vuelve sobre la frase de Jesús que se refiere a que uno puede ganarlo todo y después perderse a sí mismo, subrayando que «desde el 68 en adelante la utilizamos menos. Ahora en cambio la hemos retomado ya que el resultado de la política o de la ‘revolución’ [es decir, de haber desviado nuestra atención a la política; al principio citamos una expresión suya: «Al habernos mantenido en una [...] ‘traducción cultural’ más que [en] el entusiasmo por una Presencia»] ha dejado ver las consecuencias extremas de una falta de conciencia, de autoconciencia del yo» (*ibidem*, p. 339). Los hechos que sucedían le permitían captar con una claridad cada vez mayor esta falta de autoconciencia como el mayor problema. Pensando en lo que estamos viviendo, espero que esto nos pueda servir también a nosotros para dar un salto en la conciencia de lo que somos.

Durante más de cuarenta años este fue el punto de partida de don Giussani. «Este tiempo en que vivimos ha arribado a una orilla árida e infecunda, estamos en un desierto humano, donde quien sufre, el sujeto de la pena es el yo [¡ayer escuchamos a nuestro amigo sacerdote hablarnos sobre los suicidios entre los chavales de trece años!]: no la sociedad, sino el yo [como hemos visto: muchos ‘yo’ se han movido en estos tiempos –con motivo de la Recogida de alimentos, de las elecciones, etc.–, unos ‘yo’ que han generado ‘sociedad’]. “Creced y multiplicaos”, recomendó Dios a Adán y Eva: pero la naturaleza de la tarea de Adán y Eva, del hecho de haber sido creados como personalidades individuales, es una compañía entre ellos: el hombre no puede vivir, no puede conocer, no puede alimentarse a sí mismo más que en compañía de otro, en el encuentro con otro [como veremos después]. Estamos, decía, como sobre arena, sobre la orilla arenosa de un colapso terrible en la vida social» (*ibidem*, pp. 340-341). Lo decía en 1998.

«Nuestro primer interés es nuestro mismo sujeto», que yo tenga una conciencia verdadera de mí mismo

En este contexto, ¿cómo podemos subsistir? «¿Cómo hacemos entonces para resistir? ¿Cómo podemos plantear una alternativa [...] [a este] predominio del poder?». La indicación de don Giussani es clara: «El único recurso para frenar la invasión del poder está en ese vértice del cosmos que es el yo [...]. El único recurso que nos queda es retomar de forma potente el sentido cristiano del yo. Digo el sentido 'cristiano' no por un prejuicio, sino porque, de hecho, solo Cristo, la actitud de Cristo, la concepción que Cristo tiene de la persona humana, del yo, solo eso explica todos los factores que sentimos con fuerza dentro de nosotros, que sentimos que brotan en nosotros, y por ello [...] ningún poder podrá aplastar al yo como tal, podrá impedir al yo ser 'yo'» (*ibidem*, pp. 341-342). De este yo nace después una sociedad. «Subrayar el valor del yo», continúa don Giussani, «ha sido no solo la razón de una profundización, de un desarrollo de la religiosidad como categoría fundamental del yo, sino también el origen fascinante de la relación con todos los niveles del conocimiento, el origen de leer la experiencia humana tal como se produce en los hombres más geniales, más dotados de [...] genialidad» (*ibidem*, pp. 342-343) como Leopardi, el autor que ha comprendido como pocos lo que es en verdad el yo. Afirmaba don Giussani en 1990: «Cuanto más duros son los tiempos, tanto más es el sujeto lo que cuenta [...]. Lo que cuenta es el sujeto, pero el sujeto [...] es la conciencia de un acontecimiento, del acontecimiento de Cristo, que se ha convertido en historia para ti a través de un encuentro, y tú lo has reconocido» (*Un evento reale nella vita dell'uomo. 1990-1991*, BUR, Milán 2013, p. 39). Para quienes se dan cuenta de cuál es la urgencia (como el articulista del *Corriere* que hemos citado), el problema es cómo hacer que surjan sujetos nuevos. Don Giussani continuaba: «Debemos colaborar, ayudarnos al surgimiento de sujetos nuevos, es decir, de gente consciente de un acontecimiento que se convierte para ellos en historia, pues en caso contrario podremos crear redes organizativas pero no construiremos nada, no aportaremos nada nuevo al mundo. Por ello, lo que mide el incremento del movimiento» no son los resultados, los efectos de nuestra acción, sino «la educación en la fe de la persona [esta es la medida: el incremento de la fe de la persona, que coincide con el incremento de su autoconciencia]: el reconocimiento de un acontecimiento que se ha convertido en historia. Cristo se ha convertido en historia para ti [...], está dentro de tu ser» (*ibidem*). Si Él no entra dentro de nuestro ser, dentro de los pliegues de nuestro ser, afrontaremos la vida partiendo de nuestras impresiones, no de un acontecimiento.

EL MÉTODO: SEGUIR EL ACONTECIMIENTO

Entonces, la verdadera cuestión para cada uno de nosotros, el salto de conciencia en todo lo que estamos viviendo, es comprender cada vez más que el método que Giussani nos confió consiste en el propio acontecimiento que sucede, en el «acontecimiento de Cristo, que se ha vuelto historia para ti a través de un encuentro» (*ibidem*). Solo si seguimos este acontecimiento podremos ser generados como 'yo', como sujetos capaces de ofrecer algo nuevo al mundo, porque «nadie genera si no es generado» (L. Giussani, «La alegría, la leticia, la audacia. Nadie genera si no es generado», *Huellas*, 6/1997). Don Giussani nos recordaba siempre que «nuestra compañía se define por un método. Se puede afirmar que la 'genialidad' de nuestro movimiento está por entero en su método. [...] Es precisamente salvaguardando la autenticidad del método como se puede transmitir el contenido de nuestra experiencia» (L. Giussani, *De la fe nace el método* [1993], en *Huellas*, 1/2009). Por tanto, la cuestión crucial, si queremos pasar de la intención a la realización, es seguir el método, salvaguardar la autenticidad del método. Es lo que hemos subrayado en muchas ocasiones en estos años, hablando de la «historia particular» como clave de la concepción cristiana, de la que también pudimos escuchar testimonios en las intervenciones de ayer.

Solo si seguimos podremos ser generados como «yo», como sujetos capaces de ofrecer algo nuevo al mundo

De hecho, ¿cuál es «la actitud más razonable ante el acontecimiento cristiano»? El seguimiento. Estas son las dos vertientes del método: acontecimiento y seguimiento. El acontecimiento suscita el *seguir*. Este «método», observa don Giussani, «surge del 'impacto' con una presencia imprevisible y grande, que la razón reconoce literalmente como 'sobrehumana'». El seguimiento tiene «su origen en la fe, que es el reconocimiento en la propia vida de una presencia excepcional que corresponde al corazón», y que constantemente nos atrae, nos fascina. «La fe llega a impregnar todo el horizonte de la vida [desde lo más cotidiano a las elecciones, las necesidades o la enfermedad, justamente] a través de la relación con una presencia que corresponde al corazón». Y la verificación de la capacidad que tiene la fe de transformar la vida se efectúa en la realidad, a través del modo con el que afrontamos las circunstancias —cada día, cada instante—, cuando sucede un imprevisto, cuando algo se tuerce o cuando va estupendamente y sin embargo no basta, porque «fuera del encuentro con una **»**

» presencia excepcional es imposible huir de esta constatación trágica: 'Nada nuevo bajo el sol'. Al medirnos con la realidad percibimos si nuestro punto de partida desde el principio del día ha sido el acontecimiento o bien otra cosa.

La verdadera lucha consiste precisamente en esto: en seguir un acontecimiento o seguir nuestros análisis. Ahora podemos captar con mayor conciencia la frase de don Giussani que nos repetimos desde hace años: «La cultura actual sostiene que es imposible conocerse y cambiarse a sí mismo y la realidad 'solo' siguiendo a una persona», porque «en nuestra época la persona no es considerada como instrumento de conocimiento y de cambio, entendidos de modo reductivo: el conocimiento se concibe como reflexión analítica y teórica, y el cambio como praxis y aplicación de reglas». ¿De dónde esperamos que vengan el conocimiento y el cambio? De una genialidad analítica, y por eso siempre tenemos que recurrir a los expertos. Y he aquí por qué nos acompañará siempre la alternativa indicada por Giussani: «Sin embargo Juan y Andrés, los dos primeros que se encontraron con Jesús, aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad precisamente por el seguimiento de aquella persona excepcional. Desde el instante de aquel primer encuentro el método empezó a desplegarse en el tiempo» (*ibidem*).

Como podéis ver, se trata de una alternativa radical. Esta es la decisión que se está poniendo en juego a cada momento dentro de la cultura actual. También para nosotros, como pertenecientes a esta cultura, la tentación es el análisis, es separarnos del acontecimiento para conocernos, para cambiarnos a nosotros mismos y para conocer y cambiar las cosas. Es como si, ante un accidente de carretera, el niño apartarse la mirada de su padre, que observa el accidente (como decíamos el viernes por la noche): no sería capaz de estar delante de ese hecho sin miedo, prevalecería una impresión de terror. Me contaba ayer una persona que su hijo no había podido entrar en la habitación donde se hallaba su amigo muerto hasta que no había llegado ella; con ella entró en dicha habitación. Pero esto, ¿tiene que ver solo con los niños y los jóvenes? Por desgracia, nosotros creemos que esto es una ingenuidad y entonces decimos, como Kant: la relación con la presencia es necesaria para los niños, pero nosotros, que hemos llegado a la mayoría de edad, podemos vivir sin ella.

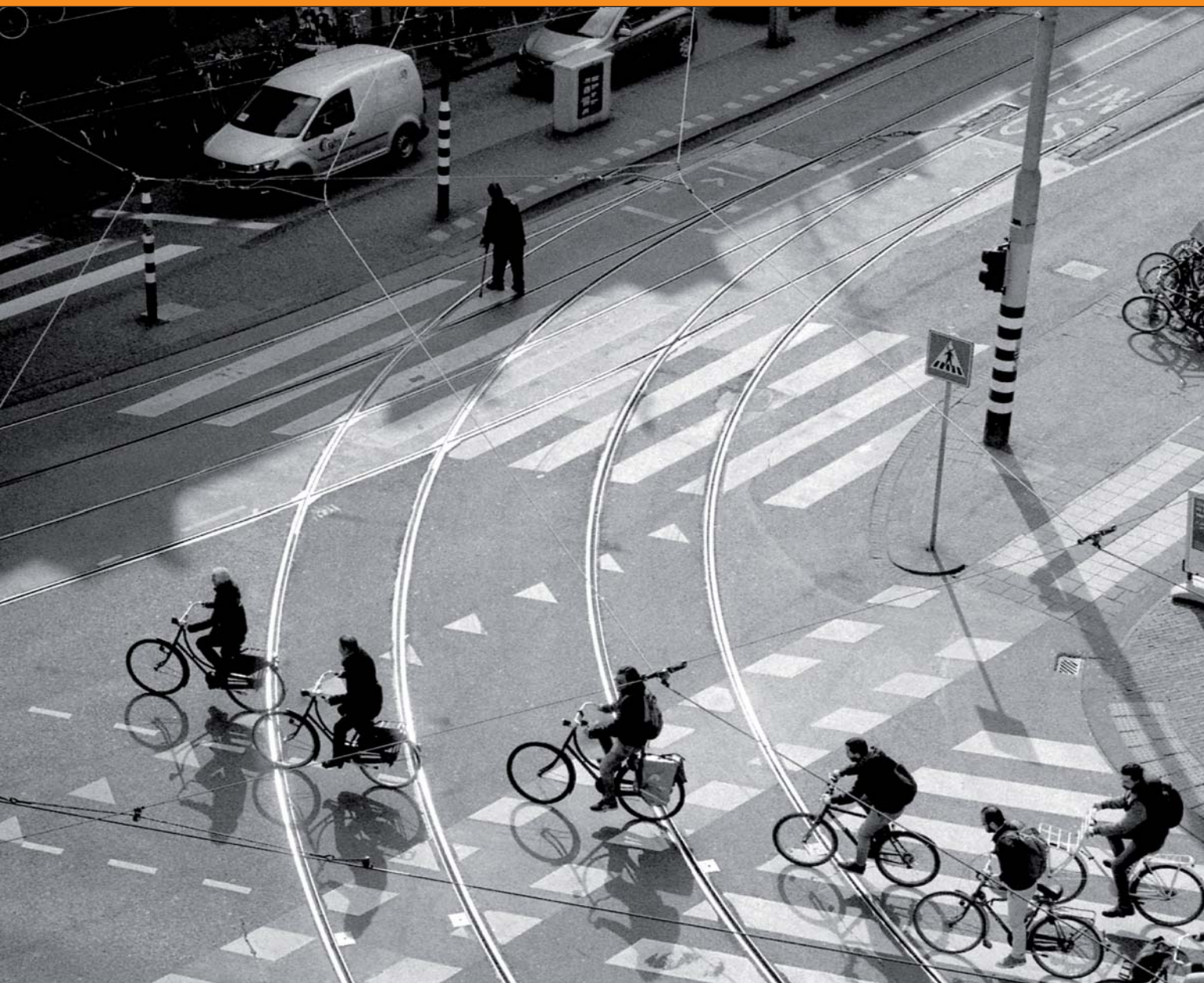
UNA TENTACIÓN SIEMPRE AL ACECHO

Entonces, ¿cuál es la tentación? La tentación es «'apartarse' de este seguir, por la presunción [¡fijaos!] de saber ya lo que se nos pide seguir. Entonces se cae en la parcialidad, en el rechazo de la corrección, se suspende la tensión hacia la plenitud». Por eso, continúa don Giussani, «la incorrección más grave es suspender el método, pensando que uno lo suple con su propia capacidad» (*ibidem*), como pensaba Kant. Se trata de una tentación que está siempre al acecho. Jesús mismo la denuncia: «¡Ay de vosotros, maestros de la ley, que os habéis apoderado de la llave del conocimiento [os la habéis llevado]: vosotros no habéis entrado y a los que intentaban entrar se lo habéis impedido!» (cf. Lc 11,52). No existe más llave del conocimiento que el asombro, el de Juan y Andrés: «Sin embargo, Juan y Andrés [...] aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad precisamente por el seguimiento de aquella persona excepcional». El Papa comentaba así la frase de Jesús: «Perdieron la llave de la inteligencia porque perdieron el sentido de la cercanía de Dios» (Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 19 de octubre de 2017), es decir, se separaron de Dios, de su presencia histórica.

Esta es la consecuencia de no seguir el método del inicio (el método que pertenece al acontecimiento mismo: acontecimiento y seguimiento), de apartarse del mismo en nombre de lo ya sabido. Se trata de una tentación que está siempre al acecho para cada uno de nosotros, como lo estuvo para Pedro. Él dijo a Jesús lo más grande que un ser humano haya podido decir nunca: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo», hasta el punto de que escuchó

a este responderle: «Bienaventurado tú, Pedro, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (cf. Mt 16,16-17). Pero un instante después cae en la tentación, muestra hasta qué punto no ha comprendido el sentido de esa frase que él mismo le ha dicho a Jesús, como hacemos nosotros después de haber pronunciado ciertas frases de don Giussani. Jesús le dice: «Vamos a Jerusalén, porque el Mesías tiene que padecer y ser ejecutado». «Dios no lo quiera, Señor; esto no te sucederá nunca». En nombre de lo ya sabido Pedro hace sentar a Jesús en el banquillo de los imputados; un instante después de haberlo reconocido como Hijo de Dios, se pone a reprenderlo. Y Jesús: «Aléjate de mí, porque tú piensas como los hombres y no como Dios» (cf. Mt 16,21-23). Menos mal que Jesús está siempre ahí para aferrarnos y volver a ponernos en marcha porque nosotros, a la primera de cambio, nos

Al medirnos con la realidad percibimos si nuestro punto de partida es el acontecimiento o bien otra cosa



salimos del camino. ¿Cuál es la condición para ponernos nuevamente en marcha? Que Él pueda permanecer presente como presencia, como una presencia a la que nosotros seguimos. «Pensad en Juan y Andrés: durante toda su vida, el presente más presente fue el presente de aquel día. No había nada comparable [a ese día], excepto el renovarse de aquel día todos los días de su vida» (L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milán 2011, p. 363).

Este es el asombro del que también nosotros participamos: el renovarse de aquel día todos los días de nuestra vida, de modo que cada cosa que vivimos, cada cosa que afrontamos, cada circunstancia, es la ocasión para ver a Cristo en acción. Si el acontecimiento de Cristo, el acontecimiento del encuentro con Él, estuviese limitado al pasado, no podría determinar ya el presente y nosotros estaríamos definidos únicamente por nuestras impresiones. Por eso, el renovarse de aquel día todos los días marca la actitud que hemos de tener, que es la del

primer día: «La actitud moral en el camino de la fe es la obediencia», el «seguimiento de una presencia excepcional que uno ha encontrado», el seguimiento de ese asombro. «La obediencia [...] constituye la virtud propia del seguimiento» (*De la fe nace el método*, op. cit.).

LA PRUEBA: «QUIEN ME SIGA TENDRÁ EL CIENTO POR UNO AQUÍ»

Pero, ¿qué es seguir? ¿Es algo que cada uno tiene que imaginar? Don Giussani nunca dejó que nos quedáramos en esta ambigüedad. Entonces, ¿qué significa seguir lo que nos ha sucedido, esa forma de enseñanza a la que hemos sido confiados? «Hace falta vivir la conversión [como dijimos en la Jornada de apertura de curso]: no a mí, sino a lo que se me ha dicho» («Acontecimiento y responsabilidad», *Huellas*, 4/1998), es decir, debemos seguir lo que el Señor sigue dándonos a través de lo que hace suceder ante nuestros ojos, como hemos visto en estos meses. Quien ha seguido y sigue esta modalidad se sorprende afrontando la vida determinado por una >>>

» Presencia que se vuelve cada vez más familiar, cuya verdad verifica cada uno. De hecho, Jesús no nos ha dicho solo: «¡Seguidme!». Junto a esta indicación nos ha dado también el criterio para verificar si es razonable este seguimiento. ¿En qué consiste la razonabilidad de seguir? En el ciento por uno: «Quien me siga tendrá el ciento por uno aquí» (cf. Mt 19,29); no el ciento por uno que tú te imaginas, porque el ciento por uno prometido por Jesús es mucho más de lo que puedes imaginar, no tiene medida. Si fuese el ciento por uno tal como lo imaginas tú, sería siempre demasiado poco para la capacidad del ánimo.

¿Quieres saber si sigues? La prueba nos la ha sugerido Jesús directamente: verifica si, al seguirlo a Él, vives el ciento por uno, es decir, si estás más contento, si eres más libre, si eres más capaz de no vivir en la queja, si consigues afrontar todas las circunstancias, ya sean buenas o malas, con una positividad última. Verifiquemos entonces si al seguir a Cristo no perdemos la vida viviendo, porque con todo lo que ya sabemos podemos tranquilamente perder la vida. La prueba, y no podemos equivocarnos, es si vivimos con más entusiasmo, con más interés todo lo que sucede. No podemos hacer trampas. ¡Intentad autoconvenceros de que estáis viviendo el ciento por uno! Imposible. ¡No podemos hacer trampas!

Frente al vacío existencial, solo podremos ofrecer una contribución si somos capaces de hacer presente en la realidad «algo» que pueda responder a ese vacío. Pero la tarea que tenemos solo se aclara partiendo de lo que vivimos, no haciendo una reflexión en abstracto, sino partiendo de lo que vivimos y del camino que estamos haciendo –que se ha puesto de manifiesto en estos dos días y se ha hecho explícito en lo que hemos dicho hasta aquí. En caso contrario, resultaremos inútiles para todos, y en primer lugar para nosotros mismos, porque el tiempo que pasa no nos ayudará a comprender cuál es nuestra tarea en el mundo.

Entonces, ante los desafíos que debemos afrontar –nosotros y la sociedad–, ¿qué podemos ofrecer? Son cada vez más los que esperan de nosotros una luz que ilumine su camino. «Que los cristianos salgan del armario», gritaba desde las columnas de un periódico español la periodista Pilar Rahola. «Puede que todos no tengamos su fe, pero su fe a todos nos mejora» (P. Rahola, «Belleza desarmada», *La Vanguardia*, 21 de mayo de 2017). «Os necesitamos»: nos lo dicen muchas personas de distintos modos. «No necesitamos las cosas que tenéis en la cabeza, os necesitamos a vosotros». Mucha gente está

interesada en lo que nos diferencia de los demás, una diferencia que nace de la experiencia del carisma que se nos ha dado y que llega a los demás a través de las circunstancias, a través de un encuentro.

Nuestro modo de movernos en los próximos tiempos nos permitirá verificar si ha crecido la autoconciencia de la tarea que tenemos: cada uno podrá saber si ha crecido la conciencia y la claridad de la tarea mirando cómo mete las manos en la masa, cómo afronta las dificultades, cómo se interesa por las necesidades, cómo reacciona ante los desafíos que tiene delante. Ayudémonos con el testimonio recíproco a aclarar cada vez más el camino. Pienso sobre todo en los jóvenes, cuya necesidad está poniendo el Papa delante de todos con el inminente Sínodo: ¿somos capaces de comunicarles algo que esté a la altura de su exigencia, de su inquietud? ¿Somos capaces de responder a la necesidad que hemos visto aflorar en las elecciones, no a la imagen de necesidad un poco torpemente formulada, sino a la verdadera necesidad que hay detrás y de la que surge esa

imagen? Y antes incluso, ¿somos capaces de percibir su auténtica naturaleza? De hecho, aquí se ve ya si somos parte de esa «historia particular» cuya verdad se muestra en la generación de sujetos capaces de percibir con claridad la necesidad humana. Solo quien ha recorrido el camino para identificar su propia necesidad, quien ha encontrado lo que responde a ella de verdad y lo ha experimentado, puede captar también la necesidad de los demás, comunicando a través de su propia vida la Presencia que abraza y cambia nuestra humanidad, que «vuelve posible lo imposible».

¿Quieres saber si sigues? Verifica si vives el ciento por uno, si estás más contento, si vives todo con una positividad última

Terminamos leyendo la frase de don Giussani que hemos elegido para el Cartel de Pascua, porque describe de forma sintética el punto del que brota todo: «Desde el día en que Pedro y Juan corrieron al sepulcro vacío y Le vieron después resucitado y vivo en medio de ellos, todo puede cambiar. Desde entonces y para siempre un hombre puede cambiar, puede vivir, revivir. La presencia de Jesús de Nazaret es como la linfa que desde dentro –misteriosa pero ciertamente– reverdece nuestra aridez y vuelve posible lo imposible: lo que para nosotros no es posible, no es imposible para Dios. De modo que una humanidad nueva apenas esbozada se hace visible, para quien tiene la mirada y el corazón sinceros, a través de la compañía de aquellos que Le reconocen presente, Dios-con-nosotros. Humanidad nueva, apenas esbozada, como el reverdecirse de la naturaleza amarga y árida».